

1er. Domingo de Pascua. Año B

Lectio divina sobre Jn 20,1-9

La versión joánica de lo ocurrido al amanecer del día de la Resurrección se distancia un tanto del relato sinóptico: Juan tiene otros intereses y diversos personajes. Da más protagonismo a María Magdalena y al discípulo amado por Jesús. La fe en el Resucitado no es privilegio del que más corre sino del que más ama: no fue el que llegó primero, sino quien primero se supo preferido del Resucitado; no son las capacidades humanas las que mejor sitúan ante el misterio sino el saber implicado en él. El misterio lo capta no quien ve primero sino quien cree antes. Y cree primero quien se sabe amado.

Y es que, ante la resurrección de Jesús, no existen situaciones previas de privilegio: de poco le valió a Pedro entrar el primero en la tumba abierta si no llegó en ella a la fe en el Resucitado. Lo que encontró no le hizo creyente. Hace falta un saber nuevo, el saberse amado por Jesús, para creerle vivo: sin mayores pruebas, el amado presiente vivo al Amante donde los demás sólo comprueban su desaparición: quien se siente amado presiente que vive quien lo ama. En el origen de la fe está el amor, no el del creyente sino el del Creído, Jesús Resucitado. Creer es difícil sólo para quien no se siente amado; no es gran hazaña dar por muerto a quien no se ve, pero desafía la evidencia quien dice que vive su Amante. Hoy, como ayer, el creyente necesita saberse amado para poder seguir creyendo.

¹El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

²Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.»

³Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. ⁴Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; ⁵y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. ⁶Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: ⁷vio las vendas en el suelo y el sudario con que le hablan cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. ⁸Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. [⁹Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos].

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Mientras los sinópticos insisten en la proclamación de la resurrección de Jesús (Mc 16,6; Mt 28,6-7; Lc 24,5-6.34), Juan la narra haciendo crónica de los encuentros personales del Resucitado, que ocurren en Jerusalén, el primer día de la semana (Jn 20,1.19). Jn 20 está dividido en dos escenas: al amanecer, en el sepulcro (Jn 20,1-18), se constata la desaparición del cadáver (Jn 20,2.13.15); cuando anocheció, en una casa particular (Jn 20,19-29), se impone la presencia del Resucitado (Jn 20,18.25.29). Jesús resucitado, nombrado hasta catorce veces, domina el relato.

Nuestro pasaje recoge el primer episodio (Jn 20,1-9) de la escena en torno a la tumba vacía (20,1-18). Aún estaba oscuro y a oscuras quedaron María y Pedro ante el hecho de encontrar el sepulcro abierto y vacío. El relato, aunque verosímil en los detalles, es, sobre todo, descripción de un camino de fe: *ver* es paso previo y necesario para *creer* (Jn 20,8), pero sólo el haber visto no lleva a la fe (Jn 20,1.7): encontrarse con la tumba vacía y con las inútiles mortajas no es suficiente para creer vivo al crucificado.

La tumba vacía, descubierta al amanecer, lleva la oscuridad ambiental al corazón mismo de la protagonista. María, una de las mujeres que asistieron a la muerte de Jesús (Jn 21,1; 19,25). Nada se dice de la intención que lleva a María al sepulcro (Mc 16,1; Lc 24,1: las mujeres lleven aromas para ungir al cadáver; Mt 28,1: fueron a contemplar la tumba). La Magdalena (Jn 20,16.18), aunque primera espectadora del triunfo de Jesús sobre la muerte, todavía no es creyente; imagina que el cadáver - 'lógicamente' - ha sido secuestrado y corre a decírselo - también muy lógico - a Pedro y al 'otro' discípulo. Hay en esta reacción de María un doble motivo teológico: por una parte, la visión de la tumba abierta no lleva a la fe en la resurrección por sí sola (Jn 20,10); por otra, el hecho de que el primero en ir al sepulcro lo encuentre ya abierto descarta, sin afirmarlo explícitamente, el rapto intencionado del cuerpo (cf. Mt 27,64; 28,11-15). Tras esta primera, infructuosa, visita, se narran las prisas de los dos discípulos que compiten por llegar antes al sepulcro (Jn 20,3-4). Pedro, mencionado primero, entra primero en el sepulcro (20,6) y ve lienzos y velos solos (Jn 20,6-7). El discípulo anónimo (Jn 19,25-26), primero en ver la tumba (Jn 20,4), es primero en ver las vendas (Jn 20,5; 19,40) y, sobre todo, en llegar a la fe (Jn 20,8). Quienes entraron en la tumba, toparon con la ausencia de Jesús; quienes habían convivido con él y, juntos, asistido a su pasión (Jn 18,15-16), sólo pueden certificar la desaparición del cadáver. Aquí, los discípulos - y no unas mujeres (Lc 24,24) - son todavía testigos de muerte (Jn 20,5-6).

Pero uno de ellos, el que llegó primero al sepulcro y no entró (Jn 20,8), al que se le distingue por el amor de Jesús (Jn 20,2), *ve y cree*. Ve lo que Pedro ha visto, una tumba vacía y unas mortajas bien dispuestas; pero *cree* que el Ausente

ha vencido a la muerte. Para el evangelista, y en contraste con la tradición sinóptica, el discípulo que mejor cree es que más amado se cree: ya que el amor entraña una peculiar y profunda forma de reconocimiento, sólo el discípulo que se sepa amado será capaz de ver sin pruebas o, mejor, de creer en la vida de su Señor amado cuando sólo contempla su mortaja. Para el discípulo amado irá dirigida también la bienaventuranza que cierra el cuarto evangelio, puesto que él empezó a creer, sin tener necesidad de haber visto (Jn 20,8.29).

Una anotación redaccional dirigida a los lectores concluye el relato; expresa una muy antigua convicción cristiana: la Escritura misma no les llevó a la fe en la resurrección, aunque en ella estuviera predicha; la inteligencia de la Escritura no precede, sigue a la experiencia pascual (Jn 20,9. Cf. Lc 24,25-27.44-45). Pedro y María vuelven a casa sabiendo que Jesús no está en la tumba (Jn 20,10): no saben dónde puede estar su cadáver. Siguen sin saber que está vivo; son ya, pero sólo, testigos de su desaparición. Para saberlo vivo, hay que saberse de Él amado.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

El relato evangélico nos recuerda los inicios mismos de nuestra fe cristiana: lo sucedido aquel amanecer junto a la tumba vacía de Jesús marca el principio de la experiencia cristiana, es su centro irrenunciable. Por extraño que nos pueda parecer, la resurrección de Jesús se afirmó por vez primera, y contra toda evidencia, justo al lado de su sepulcro vacío. Allí acudió María y siguió buscando el cuerpo de Jesús; allí se adelantó Pedro, para sorprenderse de cuanto veía; y allí llegó y creyó el otro discípulo, aquel que nunca dudó del amor que Jesús le tenía. En estos tres discípulos tenemos que vernos reflejados nosotros, si queremos de veras celebrar de forma seria su resurrección y llegar, como ellos, a la convicción de que Jesús vive realmente: en su incredulidad y sorpresa ante lo inesperado, en su comportamiento diferenciado ante el sepulcro vacío y su común desconcierto tras la comprobación de la desaparición del cuerpo de Jesús, queda desvelada nuestra incapacidad para creer, aún hoy, que Jesús ha resucitado y está vivo.

María marchó la primera, al amanecer del primer día de la semana, hacia la tumba de Jesús. Como todos los que habían presenciado su muerte, estaba tan segura de encontrarlo en su sepultura que creyó que se lo habrían cambiado de lugar cuando no lo vio donde, y como, esperaba. Madrugadora ella, regresó con la misma tiniebla en su corazón: su encuentro con la tumba vacía no la condujo a la fe en la vida. Tan segura estaba de la muerte de Jesús que no podía ni imaginar siquiera que hubiera ya resucitado, como estaba predicho en las Escrituras. María representa a todos aquellos que aman profundamente a Jesús, que tanto sienten su muerte que no presienten su resurrección, que lloran su muerte tanto como para no pensar en alegrarse por su nueva vida, que están tan preocupados por honrar su cadáver que no lo pueden reconocer vivo. Hasta que no se sienta llamada por su nombre, conocida personalmente, por un hombre al que confundió con el hortelano, no sabrá que su amado Señor, su maestro llorado, ha resucitado. María es figura de todo discípulo que confunde su necesidad de Jesús con la fe, sus ganas de creer con el hecho mismo: el amor tempranero que sentía por Jesús muerto no la condujo hasta la convicción de que estaba vivo; por más camino que hiciera hasta su tumba, no llegó a saberle resucitado. El afecto que podamos sentir por Jesús, real y sincero, práctico y emprendedor, como el de María, no es suficiente para saber que ha resucitado. Algo le faltó a María, aunque le sobrara amor y diligencia en el servicio de Jesús.

Pedro no fue el primero en llegar a la tumba, pero fue el primero que en ella entró, quien más se acercó al misterio, quien mejor pudo comprobar la veracidad de lo ocurrido; pero algo le faltó también a él, pues a lo sumo que llegó fue constatar que Jesús no estaba allí donde debería: su cuerpo había desaparecido. Su arrojo y sus prisas le condujeron a la tumba pero no a la fe. Habiendo visto los sudarios y las vendas, no comprendió las Escrituras: no supo que Jesús ya no necesitaba de mortajas, que no podía estar donde corresponde a los muertos, porque vivía ya, y para siempre. Todo cuanto sabía sobre Jesús le confirmaba en su incredulidad: lo había visto de lejos morir; y ahora que quiso tenerlo cerca, no vio más que una tumba vacía. Su carrera y su valentía no le hizo creyente. Algo le faltó a Pedro, a quien le sobraron ganas de verlo todo; no facilita la fe llegar primero donde Dios no está.

El otro discípulo, que había llegado antes a la tumba, llegó antes a la fe: a diferencia de Pedro no se atrevió a penetrar en el sepulcro; para creer le bastó ver lo que veía Pedro; a diferencia de María, supo resistir la sorpresa de una tumba vacía sin huir. A diferencia de ambos, el discípulo que creyó primero era aquel que se sabía amado por Jesús. Y es que sabe que Jesús vive quien se sabe amado por él: la convicción de que vive el amigo es fácil para quien no alberga duda de su amor. Al discípulo creyente le faltaban muchos saberes que sí que tuvieron María y Pedro, pero le sobró el que cuenta realmente para creer: es el amor que El nos tiene lo que nos ha de llevar a tenerle fe y crearle vivo. Quien se siente amado, descubre la presencia de su amigo allí donde otros no ven más que vacío: quien no duda alguna del amor que Cristo Jesús le tiene, no tiene razones para creerle aún muerto; y porque se sabe amado, ni siquiera ante la tumba abierta de su amado Señor se doblegará ante lo que, a los ojos de los demás, es simple evidencia: quien se sabe amado por Dios descubre huellas de su presencia allí donde todos constatan su muerte o su desaparición.

Crear en la resurrección de Jesús, creer que hay una vida asegurada tras nuestras seguras muertes, supone descubrirse amado, sin razones previas y sin méritos propios, por Dios. No debería resultarnos demasiado difícil creer que Jesús vive, si es nuestro corazón quien no debe convencer: bastaría que le dejáramos hablar para, reconociéndonos discípulos amados por Jesús, convertirnos en creyentes en su resurrección. La fe cristiana, el saber a Cristo vivo, es mucho más que saber que

Dios es bueno o que, simplemente, algo debe existir tras la vida: es sentir cordialmente querido y deseado por Dios, saberse amado y protegido en el corazón de Dios; es saberle vivo, porque nos sentimos por él amados. Creer en Cristo es, pues, fundamentalmente un saber de amistad. Y tendríamos que reflexionar hoy y ver si nuestras dificultades de fe hoy no surgen de nuestra incapacidad para sabernos amados por Dios: porque no nos creemos que Dios realmente nos tenga predilección alguna, que le merezcamos la pena, que se preocupe algo en nosotros, que pierda tiempo e ilusiones en nuestra vida y en nuestras muertes, no logramos sentirle vivo y real junto a nosotros.

Y por eso, por no creer en El, por no creernos amados por El, nos perdemos la ocasión de convertir toda muerte que encontramos a lo largo de nuestra vida en un encuentro con el Dios que nos ama. Quien cree en Jesús Resucitado sabe que más tarde o más temprano el amor omnipotente, el amor omnipresente, de Dios ha de vencer toda muerte, la ya experimentada y la que aún se teme. Si algo nos enseña la resurrección de Jesús es que el amor de Dios acaba siempre por prevalecer: podrá retrasarse quizá, tres días en el caso de Jesús, pero termina por vencer; la muerte, toda muerte, pone en cuestión el amor de Dios; pero Dios ya ha empezado a romper su soberanía librando a Jesús de la suya.

Si Dios sigue amándonos, y no hay razones para dudarlo, menos hoy que celebramos la resurrección de Jesús, la paz y la justicia tienen futuro, la fraternidad y la solidaridad son posibles, la vida sin amenazas ni fronteras nos están aseguradas: todas las tumbas, incluso las que hoy se cierran, las podemos declarar, como la muerte que hoy se cumpla, momentáneas y, sobre todo, ya vencidas. No será una ilusión más, si nos aferramos a nuestro saber de discípulos fieles: si Dios nos ama, no existen para nosotros más fronteras que su amor infinito. El Dios que libró a Jesús de la tumba no parará hasta sacarnos de nosotros de las nuestras. Y si lo creemos de verdad, si de verdad celebramos hoy la resurrección de Jesús, viviremos superando esas muertes y afrontando toda sepultura sin dejar que muera nuestra esperanza ni sepultar nuestra fe en Dios.